

municado varias cartas en la que el santo apóstol esponía el estado de la mision, con las esperanzas de éxito que empezaban á manifestarse; y tomándolo por el lado del honor, al cual sabia era muy sensible, le hizo ver cuán poco honroso sería arrojar la hoz en el momento de recoger la mies, abandonar los racimos á los pájaros cuando la vendimia llega á su madurez (1), y cómo semejante conducta desprestigiaria al Prepósito, haciéndole el ludibrio del país, que no dejaria de aplicarle aquellas palabras del Evangelio: *Este hombre ha empezado á edificar, y no ha podido acabar el edificio* (2). En fin, le propuso escribir ante todo á su hijo para tener datos positivos sobre el estado de la mision. Al Señor de Boisy agradó esta proposicion, y el Obispo hizo partir en el mismo dia un propio con una carta para el santo apóstol, en la cual le instaba á no esponer una vida tan preciosa como la suya, pidiéndole una relacion exacta del estado de la mision. «Monseñor, respondió Francisco (3), os diré francamente lo que hay. La obstinacion de este pueblo es tan grande, que ha confirmado de nuevo la prohibicion pública de asistir á nuestras predicaciones; y cuando esperabamos que vendrian á oírnos, bien por curiosidad, bien por un resto de afecto á la antigua religion, nos hemos encontrado con que se han afirmado con mútuas exhortaciones en la resolucion tomada de no asistir á nuestros discursos, dando por excusa los malos tratamientos á que los Berneses y Ginebrinos someterán despues de la tregua á los que hayan sido nuestros oyentes, como á desertores de sus creencias. Sin embargo, en las conversaciones privadas, los ministros han confesado que sacamos buenas conclusiones de la Sagrada Escritura tocante á nuestra fe, y los demas harian la misma confesion, ó vendrian á oírnos, si no fuera por el

(1) Carlos Aug., p. 89.

(2) Luc., XIV, 30.

(3) Carta V, que el editor ha equivocado suponiéndola dirigida al senador Favre.

«temor; pero esperamos con paciencia que este fuerte armamento que guarda la casa, será vencido por uno mas fuerte que él, que es Nuestro Señor Jesucristo.»

Esta carta iba acompañada de otra para el senador Favre, á quien el Señor de Boisy habia comprometido á que le escribiera para inclinarse á volver; y en ella, derramando su corazon mas libremente en el seno de la amistad, «si mi Obispo me lo manda, le dice (1), me descargaré de la mision de Thonon que pesa demasiado sobre mis hombros. Sin embargo, cuando pienso en poner allí otros obreros y en procurarles los medios de subsistir, no entreveo ninguna posibilidad de hacerlo, y esto me causa un gran tormento. Sin duda, mi muy querido hermano, nuestras cabezas están amenazadas con tantos peligros, que apenas se encuentra un momento de paz que consagrar á la piedad, cuyo fuego sagrado es, sin embargo, necesario sostener. Pero una mirada á Jesucristo nos reanima y alienta. Él es quien ha dicho: *Cuando oigais hablar de guerras y de sediciones, no temais, aun cuando pongan la mano sobre vosotros* (2). ¡Oh mi querido hermano! en medio de estas turbaciones, ó mas bien de estas tumbas de nuestra patria, donde los ojos no encuentran mas que motivos de afliccion, tengamos la vista fija en la patria celestial, y recordemos sin cesar que el profeta *Elias no subió al cielo sino en medio del torbellino.*» (3)

A la llegada de estas dos cartas, el Obispo, el senador Favre y el Señor de Boisy, tuvieron juntos una larga conferencia sobre el partido que convenia tomar en tal estado de cosas. El Señor de Boisy renovó sus instancias para la vuelta de su hijo; el Obispo insistió sobre la observacion hecha precedentemente, de cuánto sufriría el honor del Prepósito, á quien el público tacharia de falto de valor mas bien que de medios de salir adelante. El senador Fa-

(1) Carta IV.

(2) Luc., XII, 9 y 12.

(3) IV Reg. II, 10.

vre, siguiendo el impulso generoso de una amistad noble y cristiana, fué de parecer que sí Francisco no esperaba resultado debía volver, pero que si lo esperaba, debía quedarse y no comprometer la mision cediéndola á manos menos hábiles. Su sentir no fué adoptado por el momento, y el Obispo, cediendo á las solicitudes del Señor de Boisy, consintió en llamar al santo apóstol (1); pero cuando quiso verificarlo, la calma de la reflexion le hizo ver en toda su claridad las consecuencias de esta medida, cambiando bien pronto de parecer y dejando á Francisco continuar en su mision.

El senador se alegró de esto por el interés de la fe; sin embargo, inquieto por la suerte de su amigo, fué á visitarle para averiguar el estado de las cosas. Vió allí todo el exceso del mal y del peligro; pero como amigo cristiano, á quien la fe eleva sobre los sentimientos de la naturaleza, no hizo mas que animar y fortificar al Prepósito en sus generosas resoluciones. Así el recuerdo de este noble amigo de corazon apostólico, se conservó en el alma del santo misionero como una luz que ilustraba su entendimiento, y un fuego que encendia mas su celo. Esto es lo que hemos averiguado por una carta que le escribió algun tiempo despues, en contestacion á otra que habia recibido. «No tengo, le dice (2), pensamiento que me cause mayor placer, que aquel con el cual os considero presente »todos los dias á mi espíritu lo mejor que puedo. Me parece entonces que una dulce luz viene á iluminarme en »medio de las mas espesas tinieblas; porque verdaderamente el príncipe de las tinieblas preside el aire que se »respira aquí, y lo hace todo tenebroso. Desde vuestra »partida, el demonio no ha cesado de arrastrar los espíritus de estos pueblos á nuevos extravíos, peores que los »primeros. El gobernador y los demás católicos habian persuadido á algunos labradores y aun á algunos aldeanos á

(1) Carta VII.

(2) Carta VIII.

»que viniesen á oír nuestras instrucciones; lo que producía un gran bien. Pero bien pronto han intervenido las »prohibiciones de los ministros y los nuevos convenios de »los principales habitantes, de no venir nunca á oírnos.... »Quisieran quitarnos la esperanza de hacer nada aquí, y »de ese modo echarnos; pero no lo conseguirán. Mientras »la tregua y la doble autoridad del príncipe y del Obispo »lo permitan, permaneceremos aquí, proseguiremos nuestra tarea, no cesando de exhortar, de rogar, de reprender, de *predicar en toda paciencia y doctrina*. Aún deseo »hacer mas: lo mas pronto posible, quiero celebrar públicamente el santo Sacrificio en Thonon, para probarles que »sus artificios aumentan nuestro valor en vez de debilitarlo.»

Tanta intrepidez escitó la admiracion universal; no habia palabras con que ensalzar una magnanimidad que, en medio de peligros continuos, de sufrimientos y trabajos sin resultado, permanecia inalterable como una roca en medio de la furia de las olas, y perseveraba sin titubear en su empresa. Esto es lo que vemos en una carta del senador Favre (1). «Todo lo que se puede escribir de felicitaciones de nuestro Obispo y de todos los buenos os acompañe en vuestra obra; aunque no tuviéreis un feliz resultado, lo que Dios no permita, todos alabarán vuestro celo, »y no acusarán sino á la malignidad de los herejes.»

Solo el Señor de Boisy, que no consultaba mas que á su ternura alarmada, desaprobaba altamente en todo lugar lo que él llamaba la temeridad de su hijo; y se manifestaba sordo á todas las observaciones que se le hacian. Sin embargo, el senador Favre no se las economizaba, pues atligido de oír censurar un valor tan apostólico no cesaba de trabajar en inspirar á este buen padre mejores sentimientos, y se esforzaba en persuadirle que la Providencia serviria de escudo á su amado hijo contra los dardos de sus

(1) Carta X.

enemigos. «Tranquilizo cuanto me es posible á vuestro buen »padre (1), escribe en la misma carta este digno amigo; le »exhorto á animarse y le hago protestas sin cesar de una »cosa de que vos estais bien convencido, y es de que no os »hubiera dejado nunca si os creyera en peligro.»

Entretanto los herejes se manifestaban mas furiosos á medida que veian á Francisco mas intrépido: el 1.º de julio, habiendo sabido que habia subido á la montaña de Voirons para tratar de restablecer la capilla y el culto de la Santísima Virgen que los Berneses habian destruido, acudieron allí á toda prisa; y no contentos con oponerse á su piadoso designio, le llenaron de injurias. Bien pronto, pasando de las amenazas á los hechos iban á inmolarle á su furor, cuando logró sustraerse á sus golpes con una pronta fuga. Seria difícil esplicar cómo pudo escapar de las manos de aquellos insensatos: él mismo lo atribuia á una especie de milagro, diciendo que no se habia salvado sino por una proteccion especial de la Santísima Virgen, y que tenia mucho por que humillarse, por no haber sido digno de morir en aquella ocasion por el servicio del Hijo y de la Madre.

Al bajar de esta montaña, el apóstol concibió mas esperanza que nunca de un feliz éxito, diciendo interiormente, como san Pablo al salir de Filipo: «Hé sufrido mucho, he sido tratado indignamente; ahora puedo predicar »con confianza: *Ante passi et contumeliis affecti, fiduciam »habuimus in Deo nostro loqui Evangelium Dei.*» (2) En efecto, algunos dias despues predicó en Thonon, con motivo de la fiesta de San Roman, y tuvo el consuelo de ver alrededor del púlpito cierto número de protestantes que habian sido bastante animosos para desafiar la prohibicion general de acudir á oírle. Movidos de sus discursos, comunicaron á los demás sus impresiones, y estos las recibieron

(1) Llamaba al Señor de Boisy su padre por el mismo afecto que le hacia llamar hermano á San Francisco de Sales.

(2) 1 Thess., II, 1.

tanto mas fácilmente, cuanto que la intrepidez y la calma del santo apóstol en medio de tantas persecuciones, su piedad, su dulzura, su vida tan ejemplar, disponian sus corazones á creer, al mismo tiempo que sus escritos de controversias repartidos en las familias, empezaban á abrirles los ojos. Fueron á oírle en mayor número el 17 de julio, fiesta de San Alejo, y este segundo discurso hizo aún mas impresion que el precedente. Algunos se convirtieron, y la mudanza general parecia pronta á hacerse. Los ministros atemorizados se reunen, y no imaginan otro medio de paralizar su celo que repetir por todas partes, tanto en sus predicaciones como en las casas, que era un hechicero, un encantador, que con su arte mágica atraia los pueblos á sí; que aquel papista brujo mantenía comercio con el demonio, que le instrua de noche lo que habia de hacer durante el dia y los artificios que debia emplear para seducir á los simples, de donde concluian que debian huir de él con gran cuidado para evitar sus lazos; y hasta hubo un miserable que juró haberle visto en la asamblea nocturna de los brujos, vulgarmente llamada *el sábado*, añadiendo que consentia en ser colgado si no se encontraban sobre el cuerpo de este grande amigo del demonio, algunas señales impresas por este espíritu de tinieblas; y el pueblo ignorante y crédulo, dando fe á estas calumnias, llegó á decir que se debia quemar públicamente á aquel hechicero detestable. Francisco, lejos de intimidarse con estas absurdas imputaciones, las acogió con la sonrisa del desprecio; y haciendo la señal de la cruz: «Ved, dijo, las únicas señales que llevo en mi cuerpo, los »solos encantos que empleo; con este signo poderoso, cal- »mo las tempestades, y disipo las borrascas que se susci- »tan. Fortalecido con este signo sagrado, no temo nada de »lo que puedan hacerme los hombres, y veré sin miedo »ejércitos enteros contra mí.» (1)

(1) Carlos Aug., p. 86.

A pesar de este animoso lenguaje, el apóstol, que unia la prudencia á la firmeza, creyó no debía esponerse sin necesidad á la rabia de enemigos capaces de todo, y renunciando á retirarse aquella noche á Allinges por temor de ser atacado en el camino, durmió en casa del procurador fiscal, Mr. Marin, donde pasó una parte de la noche en oracion. Al dia siguiente, 18 de julio, fiesta de Santa Sinforsosa, predicó sobre la invocacion de los santos, con una claridad y profundidad que admiraron al auditorio. Se habló mucho del sermón fuera; pero cuanto mas elogios se hicieron, mas despechados se mostraron los herejes con el predicador, hasta el punto de resolver deshacerse de él á toda costa, y apostaron en el camino de Allinges asesinos para matarle á su paso. Sus amigos, informados de este complot, fueron á suplicarle no fuese aquella noche á Allinges, donde no podia ir sin comprometer su vida; pero ciertos papeles que se encontraban en su cuarto le eran indispensables para una carta que tenia que escribir al Nuncio de Turin, sobre un negocio de la mayor importancia, y creyendo conforme al orden de la Providencia deber ir á buscarlos, respondió con su serenidad ordinaria: «*El que se apoya en la asistencia del Altísimo, reposará en seguridad bajo la proteccion del Dios del cielo*» (1). Las promesas del Señor son un escudo que me pondrá á cubierto de los dardos de mis enemigos. He puesto mi confianza en el Dios Todopoderoso.» Partió pues, no por senderos apartados, como le aconsejaban, sino por el camino ordinario, acompañado de dos católicos que quisieron servirle de guías. Apenas habia llegado al pié de la montaña de los Allinges, á la entrada de la noche, cuando de repente salen de una emboscada dos asesinos que se precipitan hácia el con la espada desnuda en la mano, y prorumpiendo en horribles blasfemias. Los dos católicos y Jorge Rolando, colocándose delante de Francisco, presentaron sus armas para defenderle. «Volved la espada á la vaina y

(1) Salmo XC, 1.

«alejaos, les dijo á ejemplo del Salvador, yo solo debo ir delante de los que atacan mi vida.» Diciendo estas palabras dobla el paso, se dirige á los asesinos, y con la dulzura de sus palabras y la majestad de su rostro, les hace soltar las armas; bajan los ojos avergonzados de su designio, caen á sus piés y le piden perdon; culpan de su delito á los ministros, y protestan que en adelante, no sólo no emprenderán nada contra él, sino que le harán todos los servicios de que sean capaces (1).

Cuando llegaron al castillo de los Allinges, Jorge Rolando, sobrecojido todavía del peligro que acababa de correr su amado amo, voló á contar al gobernador lo que acababa de pasar. Este, alarmado á su vez, fué á instar al apóstol se dejara acompañar en sus escursiones por una escolta de soldados; pero por grandes que fueron sus instancias, no pudo hacerle consentir en ello. «San Pablo y los apóstoles, le respondió el fervoroso misionero, no han recurrido á los soldados, ni han querido otras armas que la espada de la divina palabra contra enemigos mas terribles aún, y con esta sola espada han abatido el poder de los demonios y de los emperadores, triunfado de la vanidad de los filósofos y del orgullo del mundo, establecido por todo el universo el reino de Jesucristo, sobre las ruinas de la idolatría hechada por tierra. Lutero y Calvino, por el contrario, han propagado sus herejías con el hierro y el fuego, por la fuerza y la violencia del poder temporal. Esta es una razon para que no haga yo lo mismo, y que no emplee mas poder que el de la palabra divina, que puede, sin socorro humano, abatir los cedros y hacer fértil el desierto de Cades; el sufrimiento y la confianza en Dios me sostendrán mejor que una legion de soldados. Por lo demás, si Dios me hace la gracia de sellar con mi sangre la doctrina que predico, no me puede suceder nada que me sea mas glorioso.» (2)

(1) Dep. de Francisco Favre.—De Cambis, p. 162.—Carlos Aug., p. 87.

(2) Carlos Aug., p. 88.

El gobernador, no sabiendo que responder á este discurso, no insistió mas; sin embargo, como no queria abandonarle en medio de sus enemigos, mandó que en adelante seis soldados, ó por lo menos cinco, le siguieran siempre de léjos cuando fuese por la mañana á Thonon ó á algun otro lugar del Chablais, y volvieran por la noche delante de él. Estas precauciones no tranquilizaron á Jorge Rolando; y lleno de temor escribió al Señor de Boisy para informarle del suceso. Al saberlo el buen anciano, temblando mas que nunca por la vida de su querido hijo, le envió al punto la órden mas severa de volver al instante. «Señor y muy respetable padre, le contestó Francisco por el mismo correo que le habia traído la órden de la partida, si Rolando fuera vuestro hijo como es vuestro criado, no hubiese tenido la cobardía de retroceder por un lance tan insignificante como este en que se ha encontrado, haciendo tanto ruido con él como si fuera una batalla. Sin duda los herejes nos persiguen; pero solo hacen mal cuando dudan de nuestro valor. Os suplico pues, padre mio, no atribuyais mi perseverancia á desobediencia, y que me creais vuestro hijo muy respetuoso.»

Tan nobles sentimientos agradaron al Señor de Boisy, que como era valiente guerrero, le gustaba ver en su hijo este valor intrépido, y la admiracion le hizo cesar en sus quejas. Mas animoso que nunca, el santo apóstol dejó poco despues el castillo de los Allinges, y fué á establecerse á Thonon. No ignoraba que así se esponia á grandes peligros, pero consideraba su presencia doblemente necesaria en esta ciudad, necesaria á los recién convertidos para sostener su valor contra las tentaciones que los combatian, necesaria á los protestantes para tener con ellos relaciones mas frecuentes, y facilitar, á favor de las tinieblas de la noche, conferencias con los que no se atrevian á hablarle en pleno dia; y ante estas poderosas razones, creyó que no habia peligro que no debiese afrontar. Se estableció en casa de una señora anciana y respetable, la señora de Foug, viuda del antiguo procurador fiscal del

Chablais y amiga de la casa de Sales. Con frecuencia, cuando iba de los Allinges á Thonon, se habia retirado á su casa para estudiar y comer; ella le llamaba su hijo, y él le daba recíprocamente el nombre de madre. La alegría que experimentó esta señora teniendo en su casa al santo misionero, no pudo compararse sino con la de los católicos viendo á su apóstol en medio de ellos. «Ya no tenemos que temer el furor de los lobos, decian, porque nuestro buen pastor está con nosotros para velar por nuestra defensa.» (1)

Los herejes por el contrario, furiosos al verle establecido en su ciudad, deliberaron sobre los medios de desembarazarse de él, y no encontraron otro sino el de asesinarle. «Pero esta vez, dijeron, es necesario tomar bien nuestras medidas para que no pueda escaparse.» Se introdujeron, pues, secretamente durante la noche en la casa de la Señora de Foug. Felizmente Francisco no se habia acostado aún; velaba solo en su cuarto, ocupado en rezar y estudiar. Al oír un ruido sordo de gentes armadas que hablaban en voz baja, comprendió que eran asesinos que iban á forzar la puerta; la forzaron en efecto, y entraron en su cuarto, pero no le encontraron, ya porque Dios por un milagro le hiciese invisible, como algunos han creído, ya porque se retirase á algun lugar oculto que la piadosa viuda hubiese tenido la precaucion de proporcionarle, segun dicen otros. Furiosos por no encontrarle, fueron buscándole por toda la casa hasta en el último rincón, sin que le descubrieran, viéndose precisados á repetir su eterna cancion, de que era un mágico, un encantador, y que solo los secretos de la magia habian podido sustraerle á sus pesquisas (2).

(1) Carlos Aug., p. 96.

(2) Idem, p. 87.